

El amante uruguayo

Una historia real

SANTIAGO RONCAGLIOLO

DEBATE

Índice

YO SIEMPRE ESTABA (Y ESTARÉ) EN BUENOS AIRES

Introducción	13
El superfamoso	17
Un niño con inventiva	33
El seductor de artistas	41
Cómo vender cuatro veces el mismo libro	55
El rival	63
Las dos Norahs	71
La prima Esther	89

MADRE, CUANDO YO MUERA, QUE SE ENTEREN LOS SEÑORES

El regreso del poeta	99
¡Federicoooooo!	111
Papá Amorim	119
El asesino de García Lorca	125
Paseílo	127
Hechos de guerra	137
El fascista desconocido	145
El desterrado	151
La fábrica de sueños	163
Camarada Amorim	169
El encuentro secreto	181

Y EL ESPEJO NO ME PERDONA

La paz es un arma de guerra	193
Las gracias más fraternas	207
Es que no sé quién soy	215
Enemigo íntimo	223
El monumento a García Lorca	235
Una cena con Chaplin	239
Un túmulo para el poeta	251
La traición de Neruda (y la de Aragón)	259
La muerte de Stalin (y de muchas cosas más)	265
La expulsión del paraíso	271
Epílogo salteño	279
Memoria y olvido de Enrique Amorim	289

ANEXOS

Fuentes	297
Bibliografía general	307
Agradecimientos	313
Índice de nombres	315

Introducción

A finales de 1953, una extraña ceremonia se realizó en la ciudad de Salto, a orillas del río que separa Uruguay de Argentina. En apariencia se trataba de un homenaje al poeta Federico García Lorca, asesinado diecisiete años antes, en los primeros días de la guerra civil española. Pero no era un homenaje cualquiera.

Cientos de personas llegaron en autobuses, y decenas de efectivos armados custodiaban el lugar. Además de controlar a la multitud, su función era rendir honores militares al homenajeado, como si se tratase de un funeral de Estado. El tono fúnebre fue subrayado por una representación de los fragmentos más oscuros de la obra teatral *Bodas de sangre*, a cargo de Margarita Xirgu, y resultó tan convincente que incluso los pescadores de la zona, atraídos por la curiosidad, se acercaron a darle el pésame a la actriz.

Presidía el acto una especie de lápida de tres metros por dos, con un poema inscrito en letras de bronce pidiendo una tumba para García Lorca:

*Labrad amigos
de piedra y sombra en el Alhambra
un túmulo al poeta
sobre una fuente donde llora el agua
y eternamente diga: el crimen fue en Granada
en su Granada.*

Bajo la lápida, siguiendo las instrucciones del poema, corría el agua de una fuente.

El anfitrión de todo ese despliegue era un hombre demacrado, visiblemente enfermo, con la piel en los huesos, que evidentemente había reunido fuerzas de flaqueza para dirigir la ceremonia, emocionado y tembloroso. Durante su discurso, sin embargo, el hombre demacrado anunció que su homenaje aún no estaba completo. Que solo el tiempo se ocuparía de darle el toque final:

—El tiempo —dijo— será el auténtico escultor, el tiempo que nos dará la razón será el último y definitivo autor del homenaje, cuando nuestros nombres se borren como escritos en la arena y el musgo acompañe con el verdor de la esperanza, los versos del gran poeta y el nombre siempre tembloroso de Federico García Lorca.

Aunque García Lorca era ya una leyenda, no tenía un memorial, ni siquiera un sepulcro. Su cadáver nunca había sido encontrado y, de hecho, su paradero se convertiría en uno de los grandes misterios de la Guerra Civil. El monumento de Salto, el primero que se erigía en su honor, debía suplir esa carencia. Para ello, contó con el apoyo financiero de numerosos habitantes de la ciudad. En su agradecimiento a esas personas, el hombre demacrado pronunció unas enigmáticas palabras:

—Pueblo salteño que hiciste posible sin una sola voz adversa este silencioso y sencillo acto justiciero, gracias. Gracias por lo que intuyes, por lo que adivinas y por lo que sostienes en el ámbito de mi patria...

A continuación, a una orden del mismo hombre demacrado, los albañiles abrieron una fosa detrás de la lápida y enterraron en ella una caja, una caja blanca, de las proporciones de un osario de cementerio, cuarenta por cincuenta por sesenta centímetros, sobre la cual, el hombre demacrado declaró:

—Aquí, en un modesto pliegue del suelo que me tendrá preso para siempre, está Federico...

A pesar de toda la pompa del evento, ningún periódico dio noticia de él. Algunos de los intelectuales, políticos y artistas más importantes del momento estaban invitados, pero no asistieron. Ninguno de ellos se dignó enviar siquiera unas palabras para excusarse. No le concedieron la menor importancia. Hasta hoy, ignoramos incluso la fecha exacta de ese entierro. Tan solo podemos deducir que ocurrió en diciembre de 1953.

INTRODUCCIÓN

Durante las siguientes décadas, un reducido grupo de personas —hoy todas muertas— llevó flores a ese lugar, pero ninguna de ellas divulgó jamás qué había en la caja. Se llevaron el secreto a sus propias tumbas.

Cincuenta y ocho años después, el monumento y su misterioso contenido siguen ahí. Intactos.